Cuando todo segundo año se quedó dormido

Silvia Mateo

La historia es simple: cuando un viernes como tantos otros entré al aula de segundo año para dar una clase de Literatura, encontré a todos los alumnos recostados sobre sus bancos en actitud de estar dormidos. Vuelvo a contar la historia: entro al aula -que estaba en el más absoluto silencio- y veo al encaminarme hacia el escritorio que todos permanecían inmóviles, con las cabezas apoyadas en sus brazos como si fueran almohadas. Y una vez más lo cuento –porque el asombro es grande-. Cuando estuve al frente del grupo, vi a todos dormidos y me provocó una honda impresión.

No dije una sola palabra. Me senté como lo hago habitualmente y abrí el libro de temas para llenar los casilleros que, casi siempre, lleno recién cuando la clase está terminando, o aún luego en el recreo; porque el comienzo de las clases siempre requiere de mucha energía y focalización en otros detalles. Hay que observar cómo están dispuestos para comenzar, qué indicaciones hay que dar, cómo presentar lo que vamos a hacer , aunque lo que sucede habitualmente es que ellos tienen todavía conversaciones sin terminar, preguntas sobre temas que no tienen que ver con la clase, peleas entre ellos por resolver, objetos que se tienen que devolver-prestarsacar- tirar. Y uno tiene que leer los signos que nos permiten visualizar a qué clima llegamos y rápidamente acomodar el tono, las palabras, los gestos y los movimientos a esa temperatura.

Solo se oía –como jamás se había oído en ese curso- el sonido de las hojas del libro de temas mientras yo las dejaba pasar, sin leerlas, y creo recordar que exageré un poco el sonido que hacía al volver las páginas para ver si provocaba algún cambio. Pero no. Conociéndolos como los conozco sabía que ahí había algo decidido con un propósito. Me pregunté quién había ideado el plan, y pensé que sabía perfectamente la respuesta. Y a continuación, creo que pensé que tenía que decidir cómo me iba a comportar frente a esto que me presentaban. Disfruté el silencio. Me pareció que había pasado una eternidad cuando terminé de llenar los casilleros y me quedé mirando la escena.

Decidí, entonces, caminar alrededor del semicírculo que formaban con sus bancos y los observé uno por uno. Son un pequeño grupo de diez alumnos; un grupo que quedó chico, con más varones que mujeres –solo dos- y que durante todo el año mantuvo disputas internas interminables por sus diferencias abismales. Pero en este preciso momento se habían puesto todos de acuerdo, como en una especie de milagro, y evidentemente no pensaban moverse en absoluto, ni un milímetro, ni con el más imperceptible de los movimientos. Mantenían cerrados los ojos sin apretar; cerrados como en el sueño más profundo y tranquilo.

Volví al escritorio y abrí mi maletín, en el que siempre llevo varios libros, y no solamente los que voy a utilizar: libros que tal vez leo mientras viajo, o que simplemente están conmigo por alguna otra razón más azarosa. Había llevado ese día *El país del viento* de Sylvia Iparraguirre; un libro de relatos pleno de huracanes y silencios en los desiertos de la Patagonia. Elegí un relato en el índice sin saber muy bien por qué. Medí la extensión y me pareció un relato que podía leerse en el tiempo que tenía. En la historia, un marinero que ha sido abandonado por error por la tripulación del barco en el que viajaba logra salvar su vida en medio de una tormenta de nieve, gracias a la cercanía de otro hombre desconocido.

Y comencé a leer en voz alta: *La tormenta* –leí- *Isla de los Estados, 1902*, y el sonido que salió de mi boca fue tremendo, casi escalofriante. Pero no hubo ni el más leve movimiento, por lo que seguí leyendo sin esperar ninguna reacción; aunque leía como si estuviera actuando el relato más que leyéndolo. Pasaron muchos minutos y la única voz fue la mía, y el único sonido el de mis pisadas, como si realmente me encontrara sobre la estepa cubierta de nieve en la que sucedía la historia, en la más absoluta soledad. Y como si los cuerpos desplomados sobre los bancos –acurrucadosfueran los personajes que ateridos de frío se mantenían quietos y juntos para sobrevivir.

Y leía: *Cuando la silueta fue un punto en el horizonte, el marinero Novello supo que el barco no volvería y la certeza lo aturdió como un golpe: estaba abandonado en la Isla de los Estados. Le castañetearon los dientes y todo el cuerpo se le puso a temblar: nadie iba a venir. Las corrientes marinas y la niebla eran temibles en la isla, hacían naufragar los barcos estrellándolos contra las piedras como si fueran barriles vacíos.* En el comienzo del relato sentí que había elegido bien; para mí y para ellos. Y por momentos el relato me hacía pensar en lo que la situación significaba para mí y a continuación, en lo que –suponía- que podía estar significando para ellos, aunque sobre eso seguí pensando todavía muchos días después, porque mi interpretación del suceso fue variando en el transcurso de la situación y durante los días que siguieron.

En el impacto inicial pensé “se hacen los dormidos para no trabajar”, Y luego la sensación fue “están actuando de dormidos”, y un segundo más tarde, “están verdaderamente como dormidos”. Era posible pensar muchas razones por las que lo hacían, algunas muy obvias y otras no tanto: se habían acostado muy tarde, en dos días se iban de viaje de estudio a San Martín de los Andes y ya no querían más clases, simplemente era noviembre, o no querían escuchar más nada sobre las ficciones de Borges. O tal vez, frente al desafío inminente de estar sin sus familias en la montaña, buscaban fortalecer el

grupo a través de una acción no conflictiva, igualándose en lo que todos somos iguales: el sueño. Y estas razones eran posibles en diferentes grados. Sin embargo, más allá de las hipotéticas razones -las “corrientes marinas”- que conducían al grupo, lo que hacían era un pedido de que yo actuara en consecuencia. Me pregunté mientras leía, qué habrían pensado que yo haría. ¿Habrían pensado que iba a hacer algo para que se incorporaran?, ¿los iba a nombrar individualmente?, ¿iba a dar clase igual?, ¿iba a dejar el aula?, ¿Iba a llamar a alguien? Lo cierto era que el barco de la clase que había preparado, en principio, se alejaba por el horizonte como el barco de Novello.

Yo leía: *Su única suerte, pensó Novello, era que los habían hecho desembarcar con las mochilas. Hizo un rápido recuento: dos latas de carne, unas galletas, un cuchillo, un pedazo de soga y algunas cosas más. Bajó por el acantilado hacia una playa en forma de herradura donde anidaba una colonia de pingüinos. Apenas notaron su presencia, pero a Novello le gustó ver algo que graznaba y se movía en aquella desolación*. En ese momento yo ya no pensaba en ellos sino en mí, que solo contaba con unas pocas cosas para hacer. ¿Qué puede hacer un profesor si los alumnos se niegan a entrar en el juego que se juega cuando estamos en clase? ¿Con qué cuenta?

*Unas galletas, un cuchillo, un pedazo de soga y algunas cosas más* –leí. Y, sin aviso, la clase puede convertirse en un barril vacío y estrellarse contra las rocas. Miré el reloj: habían pasado casi los ochenta minutos de ese primer bloque de clase. Sin ninguna pausa había leído, y ellos habían permanecido sin movimiento alguno. ¿Escuchaban el relato? Si no lo escuchaban habían hecho un buen ejercicio de dominio corporal, en todo caso. Leí: *Un rato largo lo pasó mirando el mar... como el que mide los pros y los contras de una decisión.* Pero yo estaba convencida de que sí lo escuchaban, en realidad, como nunca habían escuchado un relato, por lo menos no con ese silencio ininterrumpido, esa distensión corporal y ese posible parecido con los ritmos para acunar.

El relato estaba llegando al final como la hora de clase. Ahora faltaba media página. Pero entonces comenzaron los ruidos de afuera porque los otros cursos ya estaban saliendo a la hora del corte habitual. Decidí que leería hasta que alguien dijera algo. Leí: *Cuatro horas más tarde, habían sido llevados a bordo. Aturdido por su flamante popularidad, Novello se olvidó del hombre, que fue conducido abajo con custodia. Lo reclamaban las voces de sus compañeros que, entre elogios y palmadas, le preguntaban detalles de su aventura.*

Entonces, el alumno más inquieto del grupo se incorporó con una increíble sonrisa y me dijo: Creo que ya es el recreo. Le contesté que sí. Es hora de salir al recreo –les dije- y lentamente, sonrientes, todos fueron saliendo del aula sin decir absolutamente nada.

Confirmé luego del recreo que habían escuchado la historia, porque cuando volvieron al aula - tenían cuarenta minutos más de Literatura-, lo primero que me preguntó uno de ellos –y era evidente que ya no eran los mismos que en el bloque anterior- fue si iba a leerles el final del relato, porque no querían quedarse sin saber qué pasaba finalmente en la historia. Lo interesante es que si ellos no me lo hubieran pedido expresamente, mi decisión durante el recreo había sido ignorar por completo el relato leído, como si nunca hubiese sido leído o como si yo también hubiera estado dormida. Y estaba dispuesta a considerar ese tiempo como un derrotero innecesario que habría que desandar. Pero el relato había tomado cuerpo en ellos. Y entonces el espacio anterior había sido verdaderamente para ellos y para mí un seguir adelante con lo puesto, pese a todo, para que el barco no fuera un barril vacío, no se estrellara, y llegara a buen puerto.

Prof. Silvia Mateo

Prof. de Lengua y Literatura

Lic. en Letras

Lugar de trabajo: Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Año: 2006